

¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo
Morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano con los ojos fijos,
Y extendiendo tus brazos á tus hijos!
¡Oh! ¡cruel, muy cruel!... ¡Ay! yo entre tanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto.
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.
Gocemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

CANTO III.

«¡Cuán fugaces los años,
» ¡Ay, se deslizan, Póstumo!» Gritaba
El lírico latino, que sentía

Cómo el tiempo cruel le envejecía,
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.
Y es triste, á la verdad, ver cómo huyen
Para siempre las horas, y con ellas
Las dulces esperanzas que destruyen
Sin escuchar jamás nuestras querellas.
¡Fatalidad! ¡fatalidad impía!
Pasa la juventud, la vejez viene,
Y nuestro pie, que nunca se detiene,
Recto camina hácia la tumba fría.
Así yo meditaba
En tanto me afeitaba
Esta mañana mismo, lamentando
Cómo mi negra cabellera riza,
Seca ya, como cálida ceniza,
Iba por todas partes blanqueando;
Y un triste adiós mi corazón sentido
Daba á mi juventud, mientras la historia
Corría mi memoria
Del tiempo alegre por mi mal perdido,
Y un doliente gemido
Mi dolor tributaba á mis cabellos,
Que canos se teñían,
Pensando que ya nunca volverían
Hermosas manos á jugar con ellos.
¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!
Perdonad, hombres graves, mi locura,
Vosotros, los que veis sin amargura,
Como cosa corriente,
Que siga un año al año antecedente,
Y nunca os rebeláis contra el destino.
¡Oh! será un desatino;
Mas yo no me resigno á hallarme viejo
Al mirarme al espejo,

Y la razon averiguar quisiera
Que en este nuestro mundo misterioso,
Sin encontrar reposo,
Nos obliga á viajar de esta manera.
Y luégo las mujeres todavia
Son mi dulce manía :
Ellas la senda de ásperos abrojos
De la vida suavizan y coloran ,
Y á las mujeres los llorosos ojos
Y los cabellos blancos no enamoran !
¡ Griegos liceos ! ¡ Célebres hospicios !
(Exclamaba tambien Lope de Vega
Llorando la vejez de su sotana)
Que apénas de haber sido dais indicios,
Si moristeis del tiempo en la refriega
Y ejemplo sois de la locura humana,
¡ Ah, no es extraño que el que á treinta llega
Llegue á encontrarse la cabeza canal
¡ Adios, amores, juventud, placeres !
¡ Adios, vosotras, las de hermosos ojos,
Hechiceras mujeres,
Que en vuestros labios rojos
Brindais amor al alma enamorada !
¡ Dichoso el que suspira,
Y oye de vuestra boca regalada
Siquiera una dulcísima mentira
En vuestro aliento mágico bañada !
¡ Ah, para siempre adios ! Mi pecho llora
Al deciros adios : ¡ ilusion vana !
Mi tierno corazon siempre os adora ;
Mas mi cabeza se me vuelve cana.
Coloraba en Oriente
El sol resplandeciente
Los campos de zafir con rayos de oro ;
Y su rico tesoro

Del faldellin de plata derramaba
La aurora, y esmaltaba
La esmeralda del prado con mil flores,
Brotando aromas y vertiendo amores ;
Y llenaban el mundo de armonía
La mar serena y la arboleda umbria,
Rizando aquélla sus lascivas olas,
Y ésta las verdes copas ondeando,
Coronadas de vagas aureolas
A los rayos del sol que se va alzando.
Y era el año cuarenta en que yo escribo
De este siglo que llaman positivo,
Cuando el que viejo fué, por la mañana,
En vez de hallarse la cabeza cana
Y arrugada la frente,
Se encontró de repente
Jóven al despertar, fuerte y brioso,
Y el ántes fatigoso
Del triste corazon flaco latido
En vigoroso golpe convertido,
Y palpitantes conteniendo apénas
La hirviente sangre las hinchadas venas.
Y sintió nueva fuerza en los nervudos
Músculos, ántes de calor desnudos,
Mientras en su agitada fantasía
Volando con locura al pensamiento,
En vaga tropa imágenes sin cuento
De oro y azul el porvenir traía,
El corazon henchido de esperanza,
Sin temor de mudanza
Mecida el alma en el placer futuro,
El ánimo seguro
Tras su ilusion lanzándose á la gloria,
Y libre de recuerdos la memoria,
Y el alma y todo nuevo,

Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube más ligera
No empañaba la atmósfera siquiera
De su nuevo atrevido pensamiento;
Nuevo su sentimiento,
Y pura y nueva su esperanza era.
A su espalda las aguas del olvido
Sus antiguos recuerdos se llevaron,
Y de la vida con raudal crecido
Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido
Que daba el corazón, y era el primero
Pensamiento ligero
Que formaba la mente, y la primera
Nacarada ilusión del alma era.
Sus ojos á mirar no se volvían
Los recuerdos que huían,
Y el denso velo de la mente oculta,
Porque muerto habían,
Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre,
Que allá también la eternidad sepulta,
Y al despertar amaneció otro hombre.

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?

Todo el tiempo pasado
Va para siempre atado
Al nombre que conserva el pensamiento,
Y trae á la memoria
Un solo nombre, una deliente historia.
Hilo tal vez de la madeja suelto,
En el nombre va envuelto
El despecho, el placer, las ilusiones
De cien generaciones
Que su historia acabaron
Y cuyos nombres sólo nos quedaron.
Clavo de donde cuelgan nuestras vidas

En mil jirones pálidos rompidas,
Que traen á la memoria
Cual rota enseña la pasada gloria,
Porque el nombre es el hombre,
Y es su primer fatalidad su nombre,
Y en él se encarna á su existencia unido,
Y en su inmortal espíritu se infunde,
Y en su sér se confunde,
Y arranca su memoria del olvido,
Y viviendo de ajena y propia vida,
Alma de los que fueron, desprendida
Júntase al alma del que vive, y lleva,
Cual parte de su vida, en su memoria
La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura
Metafísica pura,
Puro disparatar, y ya no entiendo.
Lector, te juro, lo que voy diciendo.
Vuelvo á mi cuento, y digo
Que el viejo nuestro amigo
Amaneció tan otro y tan ufano,
Tan orondo y lozano,
Que envidia y gloria diera
A un jerónimo antiguo si le viera.
No hablo de los jerónimos de hoy día,
Que, flacos, macilentos,
Tal vez recuerdan, con la panza fría,
La abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla
La morena mejilla;
Los afilados dientes
Unidos, transparentes,
Entre sus labios de carmin blanquean;
Y en negros rizos por su espalda ondean
Los cabellos de ébano bruñido,

En tanto que encendido
Fuego sus negros ojos centellean ;
Y su frente diáfana ilumina
Su raudó pensamiento,
Prestando á su semblante movimiento
Vivido rayo de la luz divina ;
Ancha la espalda ; levantado el pecho ;
De férreos nervios hecho
El vigoroso cuerpo, y la belleza
Junta á la fortaleza :
Maravillosa máquina formada
Por ingenio divino,
De siglos mil á resistir lanzada
El choque y torbellino.

Y el alma, el corazón, la fantasía ?
¡ Oh ! La aurora más pura y más serena
De Abril florido en la estación amena
Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros ¡ ah ! los que al nacer lloramos,
Que paso á paso á la razón seguimos,
Que una impresión tras otra recibimos,
Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,
Luego á la juventud, ¡ ah ! no alcanzamos
A imaginar la dicha y la limpieza
Del alma en su pureza.

¿ Quién no lleva escondido
Un rayo de dolor dentro del pecho ?
¿ Por cuál dichoso rostro no han corrido
Lágrimas de amargura y de despecho ?

¿ Quién no lleva en su alma,
¡ Ah ! por muy joven y feliz que sea,
Un penoso recuerdo, alguna idea
Que nublando su luz turba su calma ?

Tal nuestro padre Adán... Pero dejando
Comparaciones frías,

Que el alma atormentando
Nos traen recuerdos de mejores días,
Y de aquella fatal, negra mañana
De la flaqueza ó robustez de Eva,
Cuando alargó la mano á la manzana
Y... Pero, pluma, queda ;
¿ A qué vuelvo otra vez al Paraíso,
Cuando la suerte quiso
Que no fuera yo Adán, sino Espronceda,
Ni el primer hombre, ni el varón segundo,
Sino Dios sabe el cuántos, que no tengo
Número conocido, y me entretengo
En este mundo tan alegre y vario,
Como en jaula de alambres el canario,
Divertido en cantar mi *Diablo-Mundo*,
Grandilocuo poema y elocuente,
En vez de hablar allí con la serpiente...
Reptil sin instrucción, poco profundo,
Poco *espiritual*, y al cabo un ente
De fe traidora y de melosa lengua,
El cual tal vez me hubiera pervertido,
Y como á Eva, para eterna mengua,
Deshonrado además y seducido ?
Al fin allí no había
Cátedras ni colegios todavía.

Y dejando también mis digresiones,
Más largas cada vez, más enojosas,
Que para mí son tachas y borrones
De las mejores obras, fastidiosas
Haciéndolas, llevando al pacienzudo
Lector confuso siempre, aunque es defecto
De escritor concienzudo
Que perdona el efecto,
Con la intención de mejorar las ciencias
Con sus disertaciones y advertencias ;

El hombre, en fin, se levantó del lecho
Mancebo ardiente y vigoroso hecho,
Fuera de sí de esfuerzo y de alegría,
Rebosándole el gozo
Al rostro, y en el alma el alborozo
Al impulso secreto que sentía.

Era en el mes de Abril una mañana:
Con un rayo de sol dorado el viento
Alegraba el cristal de su ventana;
Y mecidas en blando movimiento
De varios tientos las pintadas flores
Sus corolas erguían,
Y al trasparente céfiro esparcían
Juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera
Entre las flores y el cristal sus alas,
Ninfa de la galana primavera,
De su color vestida y ricas galas,
En círculo volando bulliciosa,
Alegre mariposa,
Sus alas dando al sol, rico tesoro
De nieve y de zafir con polvos de oro;
Y la amorosa flor que se mecía,
Y el aliento del aura enamorada,
Y la brillante luz que se bullía,
Y el inquieto volar de la encantada
Mariposa feliz girando en torno,
Imágenes doradas de la vida
Eran, y rico adorno
Que á la ilusion del porvenir convida:
Flores, luces, aromas y colores
Que sueña el alma enamorada cuando
Guardan su sueño á su alrededor cantando
La virtud, la esperanza y los amores.
Y un alegre rumor que el vago viento

En confundido acento
De la calle elevaba,
Bullicio de la gente que pasaba,
Cada cual acudiendo á sus quehaceres,
Y acá y allá esparcidos,
Su afan mezclando y diferentes ruidos
Al confuso rumor de los talleres,
Escalando la estancia del mancebo
Con estrépito alegre y armonía,
A su encantado pensamiento nuevo
Regocijo añadía.
¡Oh mundo encubridor, mundo embustero!
¿Quién en la calle de Alcalá creyera
Tanta felicidad que se escondiera,
Y en un piso tercero?
Mas todo son jardines de hermosura,
Si con su vária tinta
El alma en su ventura
Y mágica ilusion el cuadro pinta,
Y el más bello pensil trueca y convierte
Del alma la amargura
En páramo erial de luto y muerte!
¡Bueno es el mundo! ¡Bueno, bueno, bueno!...
Ha cantado un poeta amigo mio:
Mas es fuerza mirar así, de lleno,
El cielo, el campo, el mar, la gente, el rio,
Sin entrarse jamas en pormenores
Ni detenerse á examinar despacio
Que espinas llevan las lozanas flores,
Y el más blanco diáfano topacio
Y la perla más fina
Manchas descubrirá si se examina.
¿Pero qué hemos de hacer? ¿No examinar,
Y el mundo que ande como quiera andar?
Pasar por todo y darlo de barato

...vir cual sandio mentecato ;
Elegir la virtud en un buen medio
Es un continuo tedio ;
Lanzarse á descubrir y alzarse al cielo
Cuando apenas alcanza nuestro vuelo
A elevarnos un palmo de la tierra,
Miserables enanos,
Y con voces hacer mezquina guerra
Y levantar las impotentes manos,
Es ridiculo asaz y harto indiscreto.
Vamos andando, pues, y haciendo ruido
Llevando por el mundo el esqueleto
De carne y nervios y de piel vestido.
Y ¡el alma que no sé donde se esconde!
Vamos andando sin saber adonde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros,
Sin respeto al pudor, como un salvaje,
O como andaba allá por los oteros
Floridos del Eden ó por los llanos
Sin arcabuz ni paje
El padre universal de los humanos,
Que sin duda andaria
Solo y sin su mujer el primer dia;
O como van aún en las aldeas,
Sucias las caras feas
Y el cuerpo del color de la morcilla
Los chicos de la Mancha y de Castilla,
Nuestro héroe gritando,
Gestos haciendo y cabriolas dando,
Hasta que al fin al ruido
Entró allí su patron medio dormido.
Frisaba ya el patron en sus cincuenta,
Hombre grave y sesudo,
Tenido entre sus gentes por agudo,
Con lonja de algodonos por su cuenta,

Electo, del sensato movimiento
Partidario en política y nombrado
Regidor del heroico ayuntamiento
Por fama de hombre honrado
Y odiar en sus doctrinas reformistas
No ménos al partido moderado
Que á los cuatro anarquistas,
Aunque éstos le incomodan mucho más.
Por no verlos se diera á Barrabás,
Y tiene persuadida á su mujer
Que es gente que no tiene que perder.

Leyendo está las ruinas de Palmira
Detras del mostrador á aquellas horas
Que cuenta libres, y á educarse aspira
En la buena moral,
Y á la patria á ser útil en su oficio,
Habiendo ya elegido en su buen juicio,
En cuanto á religion, la natural;
Y mirando con lástima á su abuelo,
Que fué al fin un esclavo,
Y el mezquino desvelo
De los pasados hombres y porfias,
Rinde gracias á Dios, que el mundo al cabo
Ha logrado alcanzar mejores dias.
Así filosofando y discuriendo,
Sus cuentas componiendo,
Cuidando de la villa y su limpieza,
Sólo tal vez alguna ligereza
Turba su paz doméstica, que ha dado
En darle celos su mujer furiosa ;
Y aunque sobremanera
Los celos sin razon ella exagera,
Sueña en el barrio como cierta cosa,
Que aunque viejo, es de fuego,
Corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia, al estruendo y algazara,
Entra el discreto concejal gruñendo,
Y con muy mala cara
De las bromas del huésped maldiciendo,
Bromas de un hombre de su edad ajenas,
Con un pié en el sepulcro dando voces,
Haciendo el niño y disparando coces...
Mas lo que puede el regidor apénas
(Don Liborio) llegar á comprender,
Es cómo á tanto escándalo se atreve
Un hombre que le debe
Cuatro meses lo ménos de alquiler.
«¿Es posible, al entrar dijo Don Pablo,
(Sin reparar siquiera
Que su huésped el mismo ya no era)
Que os tiene así tan de mañana el diablo?
¡Vive Dios, que os encuentro divertido!...
¡Parece bien que un viejo que ya tiene
Más años que un palmar, hecho un orate,
Arme él sólo más ruido
Que cien chiquillos juntos!... ¡Botarate!
¡Más valiera que tantas alegrías
Fueran pagar contado
Mis cuatro meses y diez y ocho dias!»
Tal con rostro indigesto
Dijo; y en ademan de hombre enojado,
Con desden la cabeza torció á un lado,
Y empujó el labio con severo gesto.
Con una interjeccion y un fiero brinco
Digno de Auriol, el saltarin payaso,
Al grave regidor le salta al paso,
Colgándose á su cuello con ahinco
Y amorosa locura
Su improvisado huésped, que se afana
(Tal simpatiza la familia humana)

Por conocer aquel confuso ente
De tan rara figura
Que aparece á sus ojos de repente.
Ambas manos le planta
En los carrillos, y su faz levanta
Por verle bien, y en la nariz le arroja
Tan súbita y ruidosa carcajada,
Fijando en él su vívida mirada,
Que al pequeñuelo regidor enoja.
¡Cómo! ¡A mí! ¡Voto á tall! gritó en su ira
Furioso el pobre concejal, en tanto,
Viendo aquel tagarote con espanto
Que con salvaje júbilo le mira,
Que le acaricia rudo,
Hércules sin pudor, Sanson desnudo,
Con atencion tan rara y tan prolija,
Que al contemplar sus gestos y oír su voz
Cada vez más se alegra y regocija
Con delirio feroz,
Crujiéndole de cólera los huesos.
En su impotencia Don Liborio en vano
A remediar se esfuerza los excesos
De aquel bárbaro audaz y casquivano,
Confuso y sin saber quién le ha traído,
Ni por dónde ha venido,
Ni cómo por qué arte prodigioso
Su pacífico viejo en tan furioso
Huésped se ha convertido;
Alegre huésped, que le palpa y rie
Como á juguete vil contempla el niño,
Que en su brutal cariño
Ni un punto le permite se desvie;
Que imperturbable, en tanto que murmulla
El patron amenazas y razones,
Súplicas, maldiciones,

Gritos inortográficos le aulla.
¿Qué hombre formal se vió
En situacion jamas tan apurada?
Su grave dignidad comprometida,
Y aquí la autoridad desconocida
Yace ademas y ajada
Con que la sociedad le revistió.
Ya le levanta en alto y le examina,
Y al verle mal formado y tan pequeño,
Le contempla risueño
Entre cariño y burla con ternura;
Y que un poder providencial lo envia
(¡Oh presuncion del hombre!) se figura
A servirle y hacerle compañía.
En fin, los gritos fueron
Tales, y tantas del patron las voces,
Que todos los vecinos acudieron
Al estruendo y estrépito feroces.
Acudió, como era
De su deber, al punto la primera
Su mujer, con vestido de mañana,
Y tres moños no más en la marmota,
Dos de color de rosa, otro de grana;
Que aunque el afan de ver quién alborota
La hizo subir con el vestido abierto,
La negra espalda al aire, y sin concierto;
La marmota y los lazos con descuido,
Por el bien parecer se los ha puesto,
Que un traje limpio y un semblante honesto
Decoro en la mujer dan al marido.
Acudió á la par de ella
Un pintor jóven, cuya mala estrella
Trajo á Madrid, con más saber que Apéles;
Mas no llegó á pintar, porque el dinero
A su llegad le ganó un fullero,

Y no compró ni lienzos ni pinceles;
Y en la buhardilla vive
Léjos del ruido y pompas de este mundo,
Junto á Dios nada ménos, que el profundo
Genio de Dios la inspiracion recibe;
Mas tanto genio por causal tan fútil
Estéril es, la inspiracion inútil.
Y ¡oh prosa! ¡oh mundo vill no inspiraciones
Pide el pintor á Dios, sino doblones.

Un cachazudo médico, vecino
Del cuarto principal, materialista,
Sin turbarse subió; y entre ellos vino
Un romántico jóven periodista,
Que en escribir se ocupa folletines,
De alma gastada y botas de charol,
Que ora canta á los muertos paladines,
Ora escribe noticias del Mogol,
Cada línea á real, y anda buscando
Mundo adelante nuevas sensaciones,
Las ilusiones que perdió llorando,
Lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto, le ha quitado su gorreta
Griega al patron el héroe, y decidido,
Sobre su noble frente la encasqueta
Ancho de vanidad, de gozo henchido;
Y en cueros con su gorro se pasea
Por el cuarto, y gentil se pavonea,
Que es natural al más crudo varon
Ser algo retrechero y coqueton;
Echándole al patron con desparpajo
Miradas que le miden de alto á bajo,
Sin hacer caso de sus voces fieras,
Creyéndole en su estado natural,
Ni atender al estrépito infernal
De los que suben ya las escaleras,

Se abrió de golpe la entornada puerta,
Y de tropel entraron los vecinos,
Y hallaron al patron, que á hablar no acierta,
Y al Hércules haciendo desatinos:
Su esposa la primera, medio muerta
De espanto y de dolor, gritó ¡asesinos!
Porque tiene el amor ojos de aumento
Y quita la pasion conocimiento.

Fué del patron, cuando llegó socorro,
Echarla lo primero de valiente,
Y recobrar su dignidad y el gorro,
Tomando un ademan correspondiente:
Y así mirando indiferente al corro,
Que es máxima que tiene muy presente
La de *nihil admirari*, y la halló un dia
En un tratado de filosofía,

Tendió la mano al loco señalando,
Y al mismo punto su inocente esposa,
La misma infausta direccion, temblando
Con los ojos siguió toda azarosa.
¡O terrible *visu!* ¡cuadro infando!
¡Oh! la casta matrona ruborosa

Vió... ¡más que vió, que de matices rojos
Cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió... La Biblia cuenta
Que hizo á su imagen el Señor al hombre,
Y á Adán desnudo á su mujer presenta
Sin que ella se sonroje ni se asombre:
Despues se le ha llamado (y á mi cuenta,
Mientras peritos prácticos no nombre
La familia animal, está dudoso)
Entre todos al hombre el más hermoso.

Y muy cara se vende una pintura
De una mujer ó un hombre en siendo buena,
Y estimamos desnudo en la escultura

Un atleta en su rústica faena;
Mas eso no; la natural figura
Es menester cubrirla y darla ajena
Forma, bajo un sombrero de castor,
Con guantes, frac y botas por pudor.

No qué me queje yo de andar vestido,
Y ahora mucho ménos en invierno;
Y que el pudor se dé por ofendido
De ver desnudo un hombre, lo discierno;
Y mucho más si el hombre no es marido,
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,
Que entónces la mujer no tiene culpa,
Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí, que aquella dama
Mujer del-concejal... ¡Oh! sin lisonja,
¡Cómo diré la edad que le reclama
El tiempo que hace ya vive en la lonja,
Yo que me precio de galan? La fama,
Viéndola hacer escrúpulos de monja,
A los presentes reveló la cuenta,
Y hubo vecino que le echó cincuenta.

¡Tanto pudor á los cincuenta años!
¡Oh incansable virtud de la matrona!
Despues de tanto ataque y desengaños
En este mundo pícaro, que abona
El vicio con sus crímenes y amaños,
El tiempo, que peñascos desmorona,
No pudo su virtud jamas vencer:
¡Oh feliz Don Liborio! ¡Oh gran mujer!

¡Y habrá de irse sin mirar siquiera
A un mónstruo, á un loco? ¡Y dejará en el riesgo
A su Liborio con aquella fiera
En trance que ha tomado tan mal sesgo?
No lo permita Dios; Liborio muera,
Y ella tambien con él.—Y aquí yo arriesgo